

Cuando Prima Línea entregó sus armas al arzobispo Martini

PEDRO ONTOSO

El segundo grupo terrorista más sanguinario de Italia depositó su arsenal en el despacho del carismático jesuita en 1984



La foto de la entrega de parte de las armas de ETA incluye a monseñor Matteo Zuppi, arzobispo de Bolonia, y miembro de la cúpula de la comunidad de San Egidio, especializada en la mediación de conflictos internacionales. La presencia de un alto jerarca de la Iglesia católica en Bayona ha contribuido a vestir un acto que el episcopado vasco había desnudado en unas recientes declaraciones, en las que se mostraba más exigente con el final de la banda que otras instituciones. La polémica ha encendido el debate sobre el papel de la Iglesia en la pacificación en escenarios donde se había enquistado la violencia política. En 1984, el grupo terrorista Prima Línea, casi tan sanguinario como las Brigadas Rojas, decidió de manera unilateral depositar su pequeño -pero mortífero- arsenal en el despacho del arzobispo de Milán, Carlo María Martini, sin ningún atrezzo propagandístico.

Parece claro que con la intervención de Zuppi como fedatario de la entrega se ha querido visualizar que el Vaticano también bendecía la histórica ceremonia en la capital labortana. La comunidad de San Egidio nunca ha actuado en contra de 'la doctrina' del Vaticano, con el que mantiene unas excelentes relaciones. De hecho, siempre se ha hablado que las intervenciones del grupo del Trastevere italiano eran una especie de diplomacia paralela con la anuencia de la Santa Sede. Según reveló este periódico, el Vaticano aseguró a los obispos vascos que el arzobispo de Bolonia actuaba de manera personal y en ningún caso en representación ni por mandato de la Santa Sede.

La Iglesia italiana tiene una larga historia

de mediación para acabar con el terrorismo de izquierdas de las Brigadas Rojas y otros grupos paralelos, así como con la reinserción de sus militantes tras un proceso de revisión de su pasado. Uno de los protagonistas con mayor eco mediático fue el cardenal Martini, emblema del catolicismo más progresista y papable en algún momento. El purpurado jesuita, ya fallecido, condenaba sin paliativos el terrorismo, pero visitaba a los activistas en las cárceles y se reunía con sus víctimas. Antes presidía misas y predicó ante las fábricas de Milán donde se ganó la simpatía de los sindicatos más radicales.

Al tiempo que celebraba los funerales por las víctimas, Martini se dispuso a abrir «una vía de salida del túnel de la violencia ciega». Lo hacía en la sombra. Por aquella época el padre Arrupe era el general de los jesuitas, por cierto, profesor del ahora arzobispo Matteo Zuppi, notario en el desarme de ETA. Varios años antes, el religioso vasco estuvo amenazado por las Brigadas Rojas. Los Carabinieri incautaron una lista a los pistoleros con una lista de objetivos y el líder de los jesuitas era el primero. Sus colaboradores recuerdan el mes de enero de 1979 cuando Arrupe viajó a Puebla para asistir a la Tercera Conferencia General del Episcopado de América Latina. «Abandonó la curia romana con una escolta fuertemente armada y en México estuvo custodiado en todo momento».

El 13 de junio de 1984 un joven a cara descubierta se presentó en su despacho de la Piazza Fontana y depositó tres grandes bolsas sobre la mesa de su secretario, el sacerdote Paolo Cortesi. Cuando las abrió se quedó sin habla. En las bolsas había dos fusiles de asalto AK-47 kalashnikov con cargadores, 240 proyectiles, 1 fusil Be-

retta, 1 mosquetón automático, 3 pistolas, 4 bombas de mano y 1 proyectil para lanzamisiles. Era un arsenal corto, pero el gesto tenía una gran dimensión simbólica. Las armas provenían de los Comités Comunistas Revolucionarios (COCORI), que surgió de las cenizas de Prima Línea, uno de los grupos más duros del terrorismo izquierdista. Luego se intentó implicar a Martini en la polémica de la reinserción.

El terrorismo italiano se encontraba ya en medio de un fuerte debate sobre la inutilidad de la violencia y muchos terroristas abrazaban el denominado proceso de 'disociación', dejar la lucha armada sin colaborar con la Policía. Otros se inclinaron por el arrepentimiento con delación. Fueron meses de asesinatos y palizas en las cárceles italianas. Lo cuenta Adriana Faranda, exmiembro de la dirección de las Brigadas Rojas, en su libro 'El vuelo de la mariposa'. «La lucha armada se había convertido en una guerra privada entre nosotros y el Estado», evoca sobre aquel debate, que pretendía quitar legitimidad a la violencia política. La disociación tuvo una maduración lenta y en el proceso participaron muchos religiosos, entre ellos miembros de Caritas. Al principio casi todos eran jesuitas, como Martini, según el relato de Faranda. Los irreductibles quedaron en minoría.

En un momento dado, y pese a los riesgos que asumía, Martini decidió bautizar a las dos gemelas de la terrorista Giulia Barrelli, encarcelada en Milán. «Me acuerdo muy bien de haber bautizado a los gemelos de dos brigadistas, que, entre otras cosas, habían sido concebidos durante el desarrollo de un juicio público. La petición me la hizo en la cárcel, el día de Navidad, el padre de ella. Instintivamente pensé

que no podía desatender una petición hecha en aquel día y relativa a dos niños inocentes. No todos mis colaboradores eran de este parecer, pero yo sentía que había que ir por ese camino. Estoy convencido de que fue uno de los momentos en que los terroristas interiorizaron que también ellos eran personas y que, por tanto, podían ver en los demás a personas a las que comprender y amar». Lo cuenta en el libro 'Coloquios nocturnos en Jerusalén' (San Pablo), un largo diálogo entre Georg Sporschill, también jesuita, y Martini, en el retiro del apreciado biblista a la Ciudad Vieja.

Es preciso recordar que el cardenal Martini dialogó con los terroristas pese a que las Brigadas Rojas truncaron en 1978 la gran operación de encuentro entre cristianos y marxistas con el secuestro y asesinato de Aldo Moro. Aquellos contactos contaban con el aval del papa Pablo VI -el líder político fue discípulo y amigo de Montini- y el apoyo de monseñor Martini, la voz liberal del catolicismo. Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano, se separó del comunismo soviético y aceptó entrar en un Gobierno de coalición con la Democracia Cristiana. Manuel Azcárate, que iba por delante de Santiago Carrillo en visperas de la legalización del PCE, fue testigo de aquellos movimientos, que luego tendrían influencia en España. Los cambios se hacen gracias a grandes pactos transversales y el terrorismo rojo lo sabía. La ejecución de Moro contribuyó a que aquello saltara por los aires, pero, al mismo tiempo, fue el detonante para la descomposición de las Brigadas Rojas.

Martini ha hablado en pocas ocasiones de la entrega de aquellas armas por parte de los herederos de Prima Línea. «Pienso que fue, sobre todo, una declaración de capitulación, ya que en aquellos días, al visitar y escuchar en las cárceles a los terroristas, advertía que ellos se daban cada vez más cuenta de la inutilidad y el absurdo de lo que estaban haciendo. Recuerdo que algunos me decían que cuando les tocaba disparar contra alguien, tenían ante sí como una gran oscuridad y no veían el rostro de las personas. Pero cuando comenzaron a comprender que delante de ellos estaban los rostros de personas de carne y hueso, entonces empezaron a cambiar las cosas».

Sobre el papel de la Iglesia en la búsqueda de la paz y la búsqueda de mecanismos de reparación y perdón se habla en el libro 'Maestro, pastor y profeta: Carlo María Martini', de Antonio Copello Faccini (Universidad de Bogotá). Ernesto Balduchi, el terrorista que dio la orden para la entrega de las armas a Martini, confesó después que lo hicieron tras apreciar en Martini «una reflexión sobre la fraternidad y su disponibilidad y apertura al diálogo» en una misa de Navidad entre rejas. «Por su papel ejemplar de compasión», explicó otro. Para entonces, los terroristas se habían dado cuenta de que «actuábamos en nombre de la liberación del pueblo, al que acabábamos oprimiendo».